

Mística en la vida seglar

Fco. Javier Rodríguez Molero S. I.

«LA COSTURERA MÍSTICA DE PARÍS»

La mística es para todos. A sus sublimes alturas pueden tener acceso no sólo las almas contemplativas, como S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa, o las llamadas a una reparación crucificante, como Sta. Verónica Juliani o S. Pablo de la Cruz: sino también las almas apostólicas, como la venerable María de la Encarnación, ursulina de Quebec. Y no sólo es privilegio de las almas consagradas a Dios por los votos religiosos, estén encerradas en el claustro o cultiven de modo activo la viña del Señor; sino que también Dios se complace a veces en derramar sus gracias infusas sobre almas que trabajan en el mundo, en un género de vida puramente laical.

Un ejemplo nos lo ofrece esa muchachita, Claudine Moine, que florece en París, casi un siglo después de la Sta. de Avila. Su historia nos la cuenta JEAN GUENNOU, profesor de Teología espiritual en el Seminario de Misiones extranjeras, de París, en un delicioso libro titulado "La costurera mística de París" (1).

De familia acomodada del Franco Condado, la guerra de los 30 años la obliga a huir a París. En 1642 llega a la gran ciudad con su hermana. Pide



Con ocasión del 4.º centenario de la fundación por Sta. Teresa del monasterio de S. José de Avila.

ayuda a las monjas del convento de la Annunciata, y como no les basta para vivir, acude en demanda de socorro

a los jesuitas de S. Luis. Con la ayuda material le prestan algo que vale muchísimo más: una acertada dirección espiritual.

El marco externo de su vida es muy sencillo y pobre: Una modesta habitación, ocupada por varias mujeres, en donde son recibidas por caridad Claudina y su hermana Nicole. La ocupación con que ganará su sustento, serán los oficios pobres y humildes de "coser, hilar, remendar, las más de las veces trapos viejos" (2).

En medio de esa vida exterior vulgar, en su interior tienen lugar sucesos extraordinarios: Un día el Señor "la miró", "la tocó", como escribe ella misma. Esa mirada divina, ese toque del alma, fue una gracia mística, al mismo tiempo iluminación y moción súbitas. En ella vió sobrenaturalmente la magnitud de sus pecados, "la enormidad de sus crímenes". "Tenía tal confusión de mis pecados que no osaba levantar los ojos" (3), acompañada de "tan vivo dolor" que estaba constantemente a los piés del Señor "como una Magdalena, llorando y detestando los desórdenes de mi mala y miserable vida", al mismo tiempo que sentía "grandes deseos de virtud y perfección" (4). De un golpe el Señor la introduce en las sendas de la vía mística con esa visión de tipo intelectual. Tal intervención de Dios debió tener lugar en octubre de 1642. Desde entonces vive absorta en una oración casi continua: "Estaba enteramente anegada y abismada en consolación y casi ni podía hablar, ni comer, ni beber, particularmente los días que había comulgado. Me habían trasladado a un nuevo país donde vi tantas y tan

grandes cosas que mi espíritu estaba como completamente arrebatado y trasportado. Las menores cosas que se ofrecían a mis ojos me elevaban a Dios y me tenían a veces tres o cuatro días en continua oración" (5). Los demás notaban sus efectos. "No sé lo que tienes, pero te vas volviendo idiota" le reprochaba su hermana. En efecto, se mantenía retirada todo lo que podía: "Trataba constantemente de retirarme, pero, viviendo en un mismo cuarto con varias personas, no podía disfrutar más que de las noches cuando, a favor de las tinieblas, podía llorar y suspirar sin ser notada; porque a partir de aquel tiempo, me concedisteis, Señor, el don de las lágrimas, que desde entonces ya no ha vuelto a abandonarme" (6). Esa vida de cielo le duró seis meses.

Pronto cambia el Señor su actitud para con ella. Será el período de las terribles pruebas, que tan magistralmente describe S. Juan de la Cruz en su Noche oscura. Durante dos años es asaltada por terribles tentaciones contra la fe y la existencia de Dios; contra la virtud de la pureza y la confianza en Dios. En ese cuadro sombrío no faltan las pruebas exteriores: enfermedades, sospechas contra su fama, malas noticias de su familia y su tierra. pobreza extrema. "Mientras me hallaba en estas penas del espíritu, me ví también en una pobreza extrema, permitiendo N. S. que el Rdo. P. (Jarry) me retirara sus caridades. No tenía por todo alimento más que un poco de pan y agua, algunas frutas o un poco de queso, que compraba sólo por no dar que hablar a las personas con quienes vivía, diciendo que no comía más que pan" (7). "No decía mis necesidades a nadie, no por vergüenza, sino porque me eran muy caras... Algunas veces pedí pan, pues no lo tenía. Y teniendo

(1) JEAN GUENNOU, *La Couturière mystique de Paris*. Paris 1959; trad. castellana: *La costurera mística de Paris*, Herder, Barcelona 1961.

(2) R. Sp. 139.3. (La sigla R. Sp. significa *Relations Spirituelles*; los números que siguen son los puestos por Guennou).

(3) R. Sp. 15,4-5

(4) R. Sp. 75,2

(5) R. Sp. 75,1

(6) R. Sp. 18,2

(7) R. Sp. 24,1

para comer al mediodía, no me preocupaba de la noche, satisfecha de no tener nada... (8).

Hay una nota original en esta etapa purgativa: Se mezclan la noche de los sentidos y la noche del espíritu. Hablando con precisión esta última antecede a aquella, al contrario de lo que enseñan los libros clásicos. Cronológicamente las tentaciones contra la fe se presentan en Claudina antes que las tentaciones deshonestas. Esa doble serie superpuesta de purificaciones hacen este período sumamente doloroso y crucificante, pero su violencia no bastaba a saciar los deseos de su corazón generoso: "A estas penas necesarias, el instinto del espíritu me llevó a añadir otras voluntarias. Estuve dos o tres inviernos sin acercarme casi al fuego y no iba vestida sino como en pleno verano, no teniendo más que un vestido para todo. No tenía más que un poco de agua, que era lo que me hacía falta" Y aun de ella se priva: "Lo hice unos dos años en que no apagaba mi sed, o por lo menos muy a menudo, y además los viernes no bebía en absoluto... Es una pena muy sensible esa de la sed" (9).

Pero en medio de la noche hay algunos destellos de luz. La tormenta se alterna con algunos favores de Dios sumamente consoladores, sobre todo después de comulgar. Ella los compara a los "poderosos socorros" y "rayos de luz" con que los "ángeles consuelan a veces a las almas del purgatorio" (10). Son "los alivios e interpolaciones" de que habla S. Juan de la Cruz, con que, por dispensación divina, esa contemplación oscura "embiste iluminativa y amorosamente", en vez de hacerlo "de forma y modo purgativo" (11). Dos años, de 1643 a 1645, dura esa crisis de crecimiento espiritual.

(8) R. Sp. 24,2

(9) R. Sp. 25,1

(10) R. Sp. 26

(11) Cf. S. Juan de la Cruz, Noche oscura, L. II, c. 7, c. 7, 4; BEC 1955, p. 813.

Al final de la noche despunta el día. Un período de grandes claridades comienza. Es la vida iluminativa con sus luces y sus virtudes infusas. Para ello el Señor le depara la soledad necesaria para guardar el secreto de sus gracias y la libertad de su oración. "Hacia el fin de estos dos años de penas del espíritu, N. Señor me puso en una habitación completamente sola". La ocasión la ofrecieron las dificultades de su hermana con sus señores. Al decirse Nicole por abandonarlos, Claudina buscó un cuarto para ellas dos solas. El motivo principal era evitar a su hermana la promiscuidad con aquellas compañeras de habitación, entre las que se contaba una maestra, que admitía además niños. La providencia hizo que cuando ya había contratado el cuarto, Nicole se arregló con sus dueños y no volvió, y Claudina tuvo que quedarse sola en su nueva vivienda. En ella llevó una vida solitaria durante tres años, en paz y gozo del Espíritu Santo; un verdadero paraíso, donde Dios derrochó sus gracias sin testigos importunos y la preparó para la misteriosa unión transformante, que tuvo lugar en 1648. Durante estos tres años el tiempo lo distribuía entre la costura y el trato con Dios. Era la suya una vida totalmente contemplativa, en la que quedaba muy poco tiempo para las necesarias relaciones humanas. Oigamos sus palabras: "Así, pues, permanecí de esta manera en mi cuarto sin salir más que para ir a la Iglesia y a la Anunciada, donde iba algunas veces, pues las mandaderas me ayudaban en lo que podían. Trabajaba constantemente fuera del tiempo de mis oraciones, teniendo durante el trabajo mi espíritu extremadamente unido a Dios" (12). "Con frecuencia pasaba varios días sin hablar con nadie, excepto algunas palabritas que me forzaban a decir la necesidad o la buena educación. En cuanto a visitas, no las hice en absoluto... Cuando algunas personas ve-

(12) R. Sp. 30,2

nían a verme, pues las hay que tuvieron bastante caridad para esto, les hacía la acogida más cortés que me era posible devolviéndoles la visita, y nada más, a fin de quedar enteramente libre para estar con nuestro Señor” (13). Claudina nunca olvida su primitiva educación, las buenas maneras de su casa y el valor de una buena amistad. Era muy sensible a ella: “Yo amaba naturalmente la compañía y tenía costumbre de decir que quien me la quitara, me quitaría parte de la vida”. Pero Dios la quiere ahora para El solo, y no le permite aceptar ninguna compañía ni por razones de salud. “Otra vez, como soy bastante enfermiza (y desde hace posiblemente más de quince años no sé si habré tenido quince días enteros de salud, teniendo dolores continuos, si bien no me obligan más que algunas veces a guardar cama) me decía para mí misma: “Tengo que asociarme con alguna persona”. Era para que ella tuviera cuidado de mí. Esto no es contrario a la devoción. Y respondiendo todavía igualmente a mi pensamiento, mi querido Maestro, me decíais: “¿Quién desea esto en ti, la carne o el espíritu?”, haciéndome conocer claramente que en eso se buscaba la naturaleza” (14). Y Claudina tendrá la conciencia cierta de haber permanecido fiel a esa voluntad de Dios. “Dios es ya todo para Claudina. ¿Qué falta le hacen otras compañías? ¿Qué deseo ya más que a vos, Dios mío, en el cielo o en la tierra? Vos sois mi padre, mis parientes, mi país, mis bienes y mi tesoro. ¡Dios mío y mi todo!” (15)

Regaladas ilustraciones caracterizan este período. Su contenido versa sobre las verdades eternas: fin del hombre, la condición humana: la nada de la creatura, el todo del Creador, sus atributos; el cielo y el infierno, el pecado,

el odio y el amor de Dios. Más o menos son los temas de la primera semana de los Ejercicios espirituales de S. Ignacio. “El segundo libro —prosigue— que se me abrió y en que aprendí mucho más excelentes lecciones para honrar y servir a Dios, fue Jesucristo y su santísima vida, que me fue presentada y puesta ante los ojos como un prototipo y un divino ejemplar que debía copiar e imitar el resto de mi vida... ¡Cuanta diferencia hay entre lo que nos enseñan los hombres y lo que nos enseña Dios! En fin, podría seguramente decir que no he aprendido los misterios de la fe y de la religión, y sobre todo la vida de nuestro Señor, sino de El solo” (16). De todos esos misterios uno brilla ante los ojos de su alma con particular luz: el de la Sma. Eucaristía: “No es que haya visto nunca nada con los ojos del cuerpo, sino ciertamente con los del alma, teniendo tan grande certeza y luz sobre la presencia real y verdadera de nuestro Señor en el santísimo Sacramento que muchas veces decía: Dios mío, ¡ya no tengo fe en este misterio! Porque la fe consiste en creer lo que no se ve. Y yo conocía tan clara y verdaderamente vuestra verdadera presencia en este sacramento que todo lo que veo, oigo y toco, y todas las cosas de que me puedo cerciorar por los sentidos me parecen fábulas y mentiras en comparación con la certeza que tengo de esta verdad. Y así lo son efectivamente.”(17).

Pero más que el contenido, es interesante el modo cómo se presentan las ilustraciones y el efecto que producen. Así sobre la Eucaristía dice: “Esto no se obra en el alma por figura o representación, mas es una luz que es infusa, más brillante a nuestros ojos que la del sol, que en un momento la llena de tantos esplendores y claridades para hacerle ver al descubierto esta ver-

(13) R. Sp. 84,8
 (14) R. Sp. 32
 (15) R. Sp. 112,4

(16) R. Sp. 134
 (17) R. Sp. 149,2

dad, que no queda la menor duda en el alma... Veía, digo, en una luz maravillosa cómo Jesucristo estaba... en todas las partes de la hostia con la misma gloria y majestad que posee en el cielo" (18). Y sobre los conocimientos que recibió de la sagrada Humanidad de Jesucristo y de las perfecciones de su Divinidad, he aquí las maneras como fue ilustrada: "Los primeros años me sentía elevar por medio de las criaturas visibles y sensibles, y luego por las obras maravillosas que ha hecho y obrado por nuestra salud. Pero pasé, me parece, por lo menos cuatro años en que no estaba unida y elevada a Dios por estos medios. Era por medio de luces infundidas inmediatamente por él en la sustancia del alma. Así, aunque estaba continuamente delicada y con grandes dolores de cabeza, esto no me impediría los ejercicios del espíritu y de la oración, porque se obraba independientemente de los órganos de los sentidos y del cuerpo" (19).

Esas luces culminan en el gran favor místico de la transverberación; favor raro, idéntico al que describe Sta. Teresa en su Vida, con la diferencia de que a la parisiense la hiere el mismo Señor y a la Santa española un querubín. Por otra parte, la descripción de Claudina es muy sobria e intelectual, mientras que la de la santa Fundadora es de gran viveza y colorido. (20) Esta describe en un castellano adulto, imperial, en el que es Maestra habilísima con una gracia sin igual, y Claudina se expresa en un francés todavía no llegado a la perfección y carece además de las dotes de la insigne escritora abulense.

Ese gran favor inicia la vía unitiva. Ha llegado a la unión transformante o nupcias espirituales. El interés excep-

cional que ofrece su Relación espiritual es la evolución que muestra en medio de la unión. Para S. Juan de la Cruz las noches son como una preparación para el gran día de la unión (21). Sta. Teresa se detiene en su descripción en el primer grado del matrimonio místico (22). En cambio, nuestra mística señala un itinerario a través de la unión: Desde una intensa luminosidad a una gran tiniebla. Parece que el exceso de luz inicial le causa una ceguera mística. Esa oscuridad o tiniebla sume en la noche primero a sí misma, después a todo lo que la rodea, y por último, al mismo Dios, quien, sin embargo, no disimula su presencia. Son las tres fases por las que avanza su unión: Primero: Cesa de tener conciencia de su cuerpo y de su alma, todavía en plena luz (años de 1645 a 1647); luego deja de ver el mundo hacia 1649, y en 1650 o 51 es ya Dios mismo el que se oculta. Esa primera fase de tinieblas se puede llamar de "anonadamiento místico"; la segunda, de "anestesia mística": "es un ver sin ver, un gustar sin gustar, un hablar sin hablar, un tocar sin sentimiento, y así todo lo demás. Los sentidos no desean ya los objetos que los contentan, y cuando los encuentran no reciben ya deleite ni placer. En este estado hay, a lo que me parece una como división y separación de la carne y del espíritu, en que.. todas las cosas visibles y sensibles, tanto espirituales como materiales, se ven y se usa de ellas de una manera exterior y muerta, que no penetra al interior" (23). La tercera fase es el "desposeimiento místico": "El alma ha quedado privada no solo de las luces que tenía para guiarse ella misma, sino que está privada también de las que tenía para ver las bellezas, la utilidad y las ventajas

(21) cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, L. I, c. 2, BAC p. 514.

(22) Cf. EUSEBIO HERNANDEZ, *Guiones para un cursillo práctico de dirección espiritual*, 1954, p. 159 nota 1;

(23) R. Sp. 110,1

(18) R. Sp. 149,5

(19) R. Sp. 165,1-2

(20) cf. STA TERESA, *Libro de la Vida*, c. 29, 13; BAC, 1951, T. I p. 775.

de la virtud, la fealdad y los daños que causa el pecado, si se exceptúan ciertos pequeños rayos que pasan como relámpagos y no duran en el alma" (24). Por fin la posesión de Dios, en una especie de purgatorio, llamado así por las penas que traspasan al alma: "Camino entre tinieblas tan espesas que no tengo a este propósito el menor barrunto de luz... Rechazo todas las cosas a fin de hablar a Dios y de unirme con El, pero no sé si le he hallado y si le poseo" (25). Ya el único movil es el amor. En una palabra, que lo define todo, se trata de la "Unión en la Noche": "El alma está apasionada y como transportada del deseo de agradar a su Dios, conjurándole en todas las maneras que pueden sugerirle el respeto y el amor que disponga de ella libremente, y de todo lo que la concierne según su beneplácito... Y Dios no le responde en absoluto.. Esto es para el alma un ejercicio de mortificación, de paciencia y de resignación, que no creo se pueda tener mayor y más sensible. Hay que haberlo probado para saberlo" (26). Pero Dios está presente en este género de oración. El alma no ve en absoluto a Dios. Solamente lo siente y lo toca... Ella no se turba lo más mínimo, sufriendo esta privación con gran paz y resignación, teniendo la confianza de que no por eso Dios la ha abandonado" (27).

Este período unitivo se desarrolla en un medio externo distinto. El desierto de su cuartito alquilado, testigo mudo de sus ilustraciones, solo le duró tres años. La Providencia de Dios, actuando por medio de la mandadera de la Anunciata, la pone en contacto con una familia acomodada, la cual se le aficiona tanto que la socorre en abundancia, le confía el cuidado de su casa durante el verano y por fin logra retenerla con ellos como señorita de com-

pañía. "Y yendo siempre en aumento su caridad para conmigo, me guardaron en su casa para siempre. Paso en silencio todas las resistencias que opuse a esto y con cuantas lágrimas rogaba a nuestro Señor que antes me redujera a pacer la hierba como los animales por pura necesidad que estar en donde recibiera algo contra sus designios..." (28). Solo accede, al oír por boca de su director que esa era la voluntad divina. Dios, que le vedó toda compañía, la vuelve ahora al mundo. La etapa de sus supremas ascensiones tiene por teatro una vida normal, en una casa con mucha gente, donde disponía de una habitación independiente, que garantizase sus devociones. Así Dios aseguró su vida espiritual y también su vida corporal en una época turbulenta e incluso trágica por la guerra de la Fronda, que hizo sentir el hambre sobre París.

Estas son las últimas noticias que nos transmiten sus "Relations spirituelles". Escritas por orden de su confesor el P. Castillon, entre 1653 y 1655, son cuatro cuadernos de extensión desigual, pero de incalculable valor. El primero es su autobiografía; la segunda Relación fija bien su itinerario espiritual; en la tercera describe sus luces y tinieblas; y la cuarta, aunque se titule "De la oración", sigue siendo un autotestimonio. Las cuatro constituyen un documento precioso para la psicología, la medicina, la filosofía, la mística y en general la Teología. Se conservan afortunadamente en un mss. —el número 1409— del archivo de la Sociedad de Misiones extranjeras de París.

En ella se retrata esta alma grande y generosa, que en medio del mundo y de sus labores de costura o de dama de compañía, es elevada por Dios a la unión transformante. Claudina es un caso típico de vocación hacia la vida oculta en el medio seglar. Se ha dicho

(24) R. Sp. 110,1

(25) R. Sp. 115,3

(26) R. Sp. 185,8

(27) R. Sp. 33,3

de ella que es una réplica seglar de las Anunciatas, cuya vocación se enfocaba hacia la vida oculta. Y ocultas fueron sus gracias entre sus labores humildes de costurera para sus coetáneos, excepción hecha de sus confesores, y para las generaciones posteriores, que solo ahora bucean en su espíritu a través de sus Relaciones. Es la suya una figura algo desvaída, que se revela con ca-

racteres firmes y gigantes al ser descubierto su espíritu. Con razón se la puede llamar mística seglar, porque estando en el mundo llegó a las más altas experiencias sobrenaturales. Y por estar en el mundo conservó mejor el secreto de su vida interior que si se hubiese encerrado tras los muros de un monasterio. ¡Qué maravillosos son los caminos de Dios!.

